

SOBRE EL QUIMÉRICO ECLIPSE DEL *PRIMERO SUEÑO*:
LA ASTRONOMÍA DE SOR JUANA

ROCÍO OLIVARES ZORRILLA
Universidad Nacional Autónoma de México

Los versos iniciales del *Primero sueño*, de Sor Juana Inés de la Cruz han tenido la virtud, a lo largo de los siglos, de cautivar a sus lectores. Los menos avezados no pueden negar su intriga a pesar de los tropiezos sintácticos. Los más duchos comparan esa lírica obertura con otras que han leído y se percatan de que la experiencia de leerla es no sólo única, sino estremecedora. Don Pedro Álvarez de Lugo,¹ comentarista contemporáneo de este poema, evoca al “Marcial anglicano”, John Owen, cuando expresa de la poesía de Persio que “nada entiende” en las “tinieblas de noche tan cerrada”. Seguidamente alude a San Isidoro de Sevilla, a Marcial y a Plinio, si no como supuestas fuentes de Sor Juana, por lo menos como paralelos –unos en prosa, otro poético– de sus imágenes preliminares. Creo que fue un gran acierto el de Álvarez de Lugo el ir inmediatamente a San Isidoro, aunque cite solamente lo relativo a la figura geométrica de la pirámide, pues si vamos a su descripción de la noche podemos leer lo siguiente en las *Etimologías*:

Se produce la noche porque el sol se encuentra cansado de su larga carrera y porque, al llegar a su último tramo de cielo, comienza a agotarse y emite ya tibios sus rayos; o porque, aunque sigue luciendo bajo la tierra con idéntica intensidad que sobre ella, sin embargo, la sombra misma de la tierra provoca la noche.²

¹ Pedro Álvarez de Lugo, «Ilustración al Sueño de la décima musa mexicana...», en Andrés Sánchez Robayna, *Para leer “Primero sueño” de Sor Juana Inés de la Cruz*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991 (Tierra Firme), pp. 53-172: p. 59.

² San Isidoro de Sevilla, *Etimologías. Edición bilingüe*, José Oroz Reta y Manuel-A. Marcos Casquero (eds., trads. y notas), Manuel C. Díaz y Díaz (introd.), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004, pp. 530-33: “Noctem autem fieri, aut quia longo itinere lassatur sol, et cum ad ultimus caeli spatium pervenit, elanguescit ac tabefactus efflat suos ignes; aut quia eadem vi sub terras cogitur qua super terras pertulit lumen, et sic umbra terrae noctem facit”.

Unas líneas después describirá las partes de la noche, fuente segura de Sor Juana, ya sea directa o indirectamente a través de toda una tradición sobre las partes de la noche en la literatura monacal, como veremos más adelante.

Un heredero de San Isidoro, el Venerable Beda, autor infaltable en toda biblioteca cristiana, transforma de un modo muy alumbrador para nosotros esa descripción del autor de las *Etimologías*:

Salomón en la Santa Escritura dijo: *quién se alimenta entre los lirios hasta que rompe el día y cede la sombra*, aludiendo a la partida de la noche o, en una frase elegante, a la rendición de la sombra. Sin embargo, porque la interposición de la masa de la Tierra nos bloquea el esplendor del Sol según la localización de las regiones a través de las cuales pasa, esa sombra, que es la verdadera esencia de la noche [*quae noctis natura est*] se proyecta tan alto que parece que alcanza las estrellas. [...] Los filósofos dicen que esta sombra de la noche se extiende hacia arriba a la frontera entre el aire y el éter, y que la Luna, el más bajo de los planetas, ocasionalmente es tocada y oscurecida por la sombra que se proyecta en una punta como una pirámide.³

Muy evidente, por el adverbio “ocasionalmente” aplicado al oscurecerse de la luna, es el énfasis que hace Beda en que la sombra nocturna es una realidad cotidiana citando los versos 16 y 17 del segundo capítulo del *Cantar de los Cantares*: “Mi amado es todo para mí, y yo soy toda de mi amado; el cual apacienta su rebaño entre azucenas hasta que declina el día y caen las sombras”.⁴ Un equivalente prosaico del inicio del *Primero sueño* sería simplemente: “Se hace de noche”. Pero

³ *Bede: The Reckoning of Time*, Faith Wallis (trad., introd, notas y comentario), Liverpool, Liverpool University Press, 1999, 7, p. 29; la traducción al español de la versión de Wallis es mía. En Beda, «De temporum ratione», en *Operum*, tomus secundus, Coloniae Agrippinæ, Ioannem Wilhelmum Friessem juniores, 1686, pp. 43-103, V, p. 53: “Et Salomon sacris literis expressit: Qui pascitur inter lilia donec aspiret dies, & inclinentur umbrae. Eleganti utique sensu decessionem noctis inclinationem appellans umbrarum. Nam quoniam pro conditionibus plagarum, quibus solis cursus intenditur, & splendorem eius a nobis obiectio terrenae molis includit, inumbratio illa, quae noctis natura est ita erigitu, ut ad sidera usque videatur extendi, merito contraria vicissitudine, id est, lucis exortu umbras inclinari, noctem videlicet deprimi pellique significavit: quam videlicet umbram noctis ad aeris usque & aetheris confinium philosophi dicunt exaltari, & acuminatis instat pyramidum tenebris lunam quae infima planetarum currit”.

⁴ «In canticum cantorum» 2, 16-17.

el alargamiento de la sombra y su forma piramidal, de los que habla Beda, “tan alto que parece que alcanza las estrellas”, el extenderse de ella “entre el aire y el éter” (es decir, hasta el inferior convexo de la luna, según veremos), no son nada que deba ignorarse cuando se trata de la silva de Sor Juana.

Un acaecimiento que debe ser comentado es el de la publicación, en 2011, de una edición lujosa de la colección Tezontle, del Fondo de Cultura Económica: el libro del ingeniero Américo Larralde titulado *El eclipse del sueño de Sor Juana*, con un prólogo de Sergio Fernández. Seguidamente haré un análisis de las afirmaciones fundamentales de esta publicación con la intención de clarificar al público lector lo relativo a un hipotético eclipse de luna ocurrido a finales del siglo XVII en las latitudes novohispanas.

Durante el siglo pasado, al menos su segunda mitad, se consideró superfluo que los estudios de nuestra literatura incursionasen en el terreno de la filología. Persiste una mala práctica de estudiar la literatura como si todos los textos fuesen contemporáneos o, a lo más, alejados uno o dos siglos de nosotros, pero siempre dentro lo que se considera la “modernidad”. Con esto se ha soslayado el hecho de que la literatura escrita cuando la lengua española, ya conformada, sufría todavía diversas transformaciones, es decir, entre los siglos XV y XVIII, reflejaba un universo cultural y bibliográfico que ha quedado seiscientos años atrás. Una aproximación filológica es vital para quien se proponga establecer lo que realmente significaban los textos en su propio tiempo. Aunque esto se ha practicado en nuestros textos coloniales bajo el carácter de “lances” (algunos extraordinarios) de eruditos que pudieron obtener esa formación (los hermanos Plancarte, por ejemplo), el hecho es que la filología se ha solidado enseñar, en nuestra Universidad, con algunas honrosas salvedades, como una ciencia dedicada más bien a la lengua en general y a su historia peninsular y americana pero no a los textos literarios novohispanos. Lo anterior se suma al lamentable desprecio que muchos latinistas (siempre hemos tenido excelentes latinistas en nuestra historia) sienten por los textos llamados “neolatinos”, es decir, no pertenecientes a la latinidad clásica, cuando de hecho se debería contribuir a una mejor comprensión del fenómeno cultural del Siglo de Oro, del que surgió una literatura escrita en español pero inmersa en la cultura latina y neolatina, como sucedía en la Nueva España. Con esto, los estudios sobre la literatura novohispana quedan bastante desprotegidos y dicha

literatura es susceptible de ser interpretada, algunas veces, de manera un tanto arbitraria.

Una consideración del texto literario y su intertextualidad más probable desde el punto de vista filológico no abona —y esta es mi posición, como se verá a lo largo de este ensayo con diversas pruebas— la hipótesis de una alusión a un eclipse en el *Primero sueño* de Sor Juana. Y es que el enigmático comienzo de la silva de Sor Juana, uno de los mayores aciertos poéticos de su autora, ha sido capaz de despertar en los lectores de todos los tiempos múltiples asociaciones. Para Álvarez de Lugo, coetáneo de Sor Juana, dichas asociaciones son lo más parecido a lo que pudo haber tenido en mente Sor Juana, mientras que para los lectores de hoy las asociaciones están sujetas a un devenir histórico y cultural de tres siglos. La percepción de los fenómenos naturales ha cambiado tanto, que pensar en una pirámide de sombra se asocia hoy, inmediatamente, con el esquema característico de los eclipses, mientras que en la Edad de Oro y dentro de los términos de su tradición y literatura formativa, aludir al fenómeno de la noche, de cualquier noche, consiste, precisamente, en describir un cono de sombra terrestre, como podemos ver en este grabado que aparece en un escolio de Joanne Noviomago⁵ a la obra del mismo Beda y en otro del astrónomo español Francisco Vicente de Tornamira de fines del siglo XVI, donde el plenilunio no es eclipsado⁶:

⁵ Beda, «De natura rerum», *op. cit.*, 37.

⁶ Francisco Vicente de Tornamira, *Chronographia y repertorio de los tiempos*, Pamplona, Thomas Portalis de Savoya, 1585, p. 176: "...cuando la Luna estuviere en alguno de los dos puntos de la division de sus circulos deferente y equante, que es en la cabeza o cola del Dragon, debaxo del nadir del Sol, entonces la tierra diametralmente se interpone entre el Sol y la Luna... De donde se infiere que como en qualquier plenilunio o oposicion, la Luna no este en la cabeza o cola del Dragon, o cerca ni supuesta al nadir del Sol: no es de maravillar, ni es necesario que en qualquier oposicion padezca la Luna Eclypse".

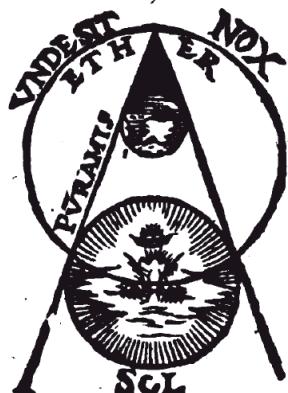


Fig. 1. Pirámide nocturna en
Beda, p. 37.

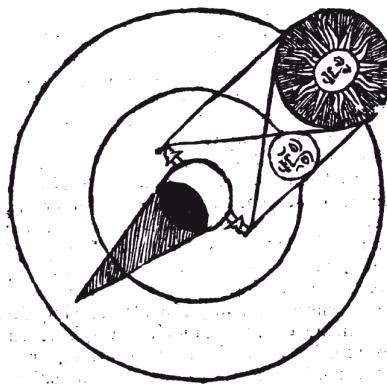


Fig. 2. Noche sin eclipse en
Tornamira, p. 176.

En aras de sostener que en el poema de Sor Juana sucede un eclipse, Larralde quisiera darle a los términos “conticinio” y “dimidiaba” un sentido muy convenientemente relacionado con el fenómeno de los eclipses, cuando no es así.

Para empezar, los versos que han despertado esta lectura, a mi juicio, errónea, son los siguientes:

Piramidal, funesta, de la tierra
nacida sombra, al Cielo encaminaba
de vanos obeliscos punta altaiva,
escalar pretendiendo las Estrellas;
si bien sus luces bellas
—exentas siempre, siempre rutilantes—
la tenebrosa guerra
que con negros vapores le intimaba
la pavorosa sombra fugitiva
burlaban tan distantes,
que su ateizado ceño
al superior convexo aun no llegaba
del orbe de la Diosa
que tres veces hermosa
con tres hermosos rostros ser ostenta,
quedando sólo o dueño
del aire que empañaba

con el aliento denso que exhalaba...⁷

En una interpretación más bien acomodaticia del verso 12, “al superior convexo aun no llegaba”, el ingeniero Larralde habla de una acentuación ambigua en el siglo XVII y quiere leer “aún” (todavía) en lugar de “aun” (ni siquiera), como se ha escrito en todas las ediciones, desde las antiguas hasta las de Alfonso Méndez Plancarte y Antonio Alatorre. A esto hay que señalar que se trata de una lectura interesada, en el mejor de los casos de lo que se podría llamar en inglés “*wishful reading*” (lectura esperanzada, desiderativa). Debemos atender al discurso tal como se viene enunciando en el poema desde el primer verso: la sombra piramidal de la tierra pretende escalar las estrellas, pero es incapaz de oscurecerlas. Ellas se burlan “tan distantes” de ella, que ésta “ni siquiera” ensombrece el orbe de la luna. Lo que se afirma aquí, poéticamente, es que la sombra de la tierra no puede opacar ya no digamos a las estrellas, mas ni a la luna misma. Es de noche, simplemente, y la oscuridad es sólo dueña de sí misma en el mundo sublunar. Si leyésemos “todavía” cuando llegamos a ese “aun”, se perdería todo el régimen gramatical de consecuencia adversativa desde “si bien”, desde la enunciación del sujeto –las estrellas, “exentas siempre, siempre rutilantes”–, y la acción –que burlan “tan distantes” el intento de elevación hacia ellas–, hasta la consecuencia deceptiva: precisamente el hecho de que dicha sombra *ni siquiera* llega al orbe de la luna y queda sólo dueña de sí misma. El “todavía” volvería completamente ilógica o absurda la cláusula gramatical que lee Larralde: las estrellas burlan tan distantes a la sombra que ésta “todavía” no llega al “superior convexo” del orbe de la luna. Hemos corrido con muy buena suerte al tener filólogos como Méndez Plancarte y Alatorre.

Unos versos después, dice Larralde,⁸ el poema enuncia lo siguiente:

El conticinio casi ya pasando
iba, y la sombra dimidiaba...⁹

⁷ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, vol. 1, Alfonso Méndez Plancarte (ed. y notas), México, FCE, 1951, p. 335, vv. 1-18.

⁸ Américo Larralde, *El eclipse del “Sueño” de Sor Juana*, Sergio Fernández (pról.), México, FCE, 2011 (Tezontle), p. 19.

⁹ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, p. 339, vv. 151-152.

Ante la duda de que los primeros versos no estén aludiendo a un eclipse, el ingeniero Larralde sostiene para consolidarlo que es en este momento, unos ciento treinta versos después, cuando Sor Juana nos dice, entre líneas, que está sucediendo el eclipse de luna que “todavía” no se efectuaba al principio del poema. Con esta idea interpreta el término “dimidiaba” como el punto medio del eclipse mismo. Sin embargo, “dimidir” significa, simplemente, “estar a la mitad”. Desafortunadamente, ni Méndez Plancarte ni Antonio Alatorre se detienen mucho en comentar estos dos versos. Este concepto abstracto, es aplicable a cualquier cosa que pueda dividirse en dos. Si Larralde cita a un astrónomo que emplea el término para hablar del punto medio de un lapso o posición, lo mismo pudo haberlo usado alguien en ese tiempo para hablar de “dimidir los salarios”, como puede comprobarse filológicamente. El término se utilizaba en las mediciones aritméticas, geométricas y no sólo astronómicas. Más aún, la frase latina *dimidia nox* fue siempre en la literatura neolatina una manera de nombrar la medianoche, como lo era igualmente el término *intempesta nox*. Si la sombra dimidia en el *Primero sueño* es porque se trata de la mitad de una noche cualquiera, no de un eclipse. Acomodar por fuerza a esto un eclipse de luna lo puede hacer cualquiera por su gusto, pero no por ello será verdad si no puede fincarse en la letra de poema; es por ello que podemos afirmar que el que Sor Juana refiera por esta palabra a un eclipse es falso, puesto que no hay asomo de mención de dicho fenómeno en todos sus demás 974 versos y, por tanto, no hay sustento material sobre el cual fincar tal aseveración. Y ni falta le hace al poema. ¿Acaso Álvarez de Lugo,¹⁰ coetáneo de Sor Juana, menciona algo al respecto? No, ni es necesario, pues con que sea de noche basta para soñar; si un eclipse tiene que ser entendido en el poema, es seguro que ahí se hubiera enunciado poéticamente de uno u otro modo. Por el contrario, al desviarnos por este controvertido derrotero desatendemos lo que la autora sí quiso decir con su poema, cuya naturaleza turbadora apunta más allá de las ciencias mismas y más allá de todo lo enunciable, como advertimos a la luz de una lectura integral de todos sus versos.

¹⁰ Álvarez de Lugo, *op. cit.*, pp. 69-71.

El ingeniero Larralde interpreta además la cuestión del “conticinio”¹¹ y con base en la lectura de la *Genealogía de los dioses paganos*¹² de Giovanni Boccaccio en la traducción de Editora Nacional,¹³ un tanto defectuosa, dice haber encontrado por fin la razón por la cual el poema de Sor Juana se titula *Primero sueño*. A pesar de una aplicación errónea del texto de Boccaccio a partir de una edición deficiente, Larralde quizá haya aportado una explicación de ese adjetivo “primero” que aparece en el título del poema puesto en la primera edición del *Segundo tomo* de las obras de Sor Juana. La relatividad de este hallazgo es que en el poema de Sor Juana somos testigos de todas las partes de la noche, no sólo del llamado en la traducción que él leyó “primer sueño”. De cualquier modo, es

¹¹ Larralde, *op. cit.*, pp. 19, 75.

¹² Ioannes Bocatius, *De Genealogia deorum libri quindecim*, Basileae, Ioannes Hervagium, 1532, I, 9, p. 12: “Dividitur aut nox a Macrobio in lib. Saturnium in septem tempora, quotum primum sole intrante incipit, & dicuntur crepusculum a crepero, quod est dubium, eo quod dubitari videatur die praeteritae, an venienti nocti attribuendum sit, & hoc modo non deserbit quieti. Secundum aut cum iam obscurum sit, fax prima dicitur, eo quod tunc faces accendantur, nec hoc quieti accomodum. Tertium vero cum iam nox densior sit, nocte concubia nuncupatur, eo quod quieturi vadamus concubitum. Quartum nox dicitur intempesta, eo quod nulli operi tempus aptum sit. Quintum aut gallicinium vocatur, eo quod a medio sui nocte in diem tendente galli cantent. Sextum vero dicitur conticinium iam aurorae proximum, & ideo sic dictum, eo quod tunc videatur ut plurimum grata quies, et ob id omnia conticescunt, & haec quatuor quieti praestantur. Septimum appellatur diluculum a die iam lucente, in quo solentes assurgunt operi, quod minime somno aptum est”. Traduzco: “En su libro *Saturnalia*, Macrobio divide la noche en siete tiempos, el primero comienza al ponerse el sol y se llama crepúsculo, de *crepero*, que significa *duda*, porque se duda que el día se haya acabado o que la noche se aproxime, y este momento no requiere de quietud. El segundo, después, cuando ya ha oscurecido, se llama primera antorcha, debido a que es la hora de encender las luces, y esto tampoco requiere reposo. El tercero tiene lugar cuando la noche es ya más densa, y se llama la hora de dormir, porque es el tiempo de quietud en la intimidad. El cuarto se llama noche intempesta, y ello porque no es tiempo apto para ninguna operación. El quinto, luego, se llama gallicino, porque desde su medio en adelante, cuando la noche tiende al día, los gallos cantan. El sexto es llamado conticinio, ya vecino a la aurora, y así se llama porque es la hora cuando más grato es el reposo y porque todas las cosas están en silencio. Y esos cuatro tiempos se caracterizan por su quietud. El séptimo se llama dilúculo, llamado así por el día, que ya luce, en el cual comienzan las actividades, por lo que es mínimamente apto para el sueño”. En el cuadro doy el fragmento de I, 34, p. 27.

¹³ Giovanni Boccaccio, *Genealogía de los dioses paganos*, Ma. Consuelo Álvarez y Rosa Ma. Iglesias (eds.), Madrid, Editora Nacional, 1983, I, 9, pp. 84-85.

evidente que la atención de Larralde se ha dispersado entre el poema de Sor Juana y el fragmento de Boccaccio, el cual en realidad es una de las muchas recuperaciones que desde el Medioevo hasta el Barroco se hicieron de lo que Macrobio afirma en sus *Saturnales*.¹⁴ Y digo esto porque si volvemos a los versos de Sor Juana, “el conticinio casi ya pasando / iba y la sombra dimidiaba”, lo que Sor Juana dice es que después del conticinio comienza la medianoche: la hora de los sueños profundos que sigue a la hora del mayor silencio, cuando todos los seres vivos ya están recogidos. Pero sucede que este no es el esquema de Macrobio ni, por consiguiente, el de Boccaccio. Ambos afirman que el conticinio es posterior al canto del gallo y anterior al amanecer. La contradicción no se le hace patente a Larralde y simplemente subraya que es a esta división de los momentos de la noche a lo que se debe el título del poema.

Es preciso, entonces, aclarar que la división de las horas del día por los romanos varía en sus nomenclaturas y que esto se debe a las

¹⁴ Macrobius, «Saturnalia», en *Opera*, Lugduni Batavorum, Ioannis Maire, 1628, p. 169; Macrobio, *Saturnales*, Juan Francisco Mesa Sanz (ed. y trad.), Madrid, Akal, 2009 (Akal Clásica), p. 90. La cita anotada en el cuadro comienza en lo que era para los romanos el principio del día: la medianoche. Más adelante continúa con los distintos momentos del día a partir de la mañana hasta volver a llegar a la medianoche. 1628: “...inde mane, cum diez clarus est... deinde a mane ad meridiem, hoc est, ad medium dieis, inde jam supra vocatur tempus occiduum; et mox suprema tempestas, hoc es diez novissimus tempus, sicut expressum est in duodecim tabulis: Solis occasus suprema tempestas est, deinde vespera... ab hoc tempore prima fax dicitur; deinde concubia, et inde intempesta...” 2009: “...finalmente la mañana, cuando el día es claro... Después, de la mañana pasamos al *meridiem*, esto es al mediodía; a continuación, el periodo siguiente es denominado *occidum* [= declinación] luego *suprema tempestas* [= último plazo], esto es el momento más final del día, tal como quedó expresado en las Doce Tablas: la puesta de sol será el último plazo. Después *vespera*... A partir de este momento se denomina *prima fax* [= primera antorcha], luego *concubia* [= hora de acostarse] y finalmente *intempesta* [= desfavorable]”. Hay que señalar que *suprema tempestas*, que caería a partir de las dos de la tarde hasta las cuatro, se llama así porque es el periodo de mayor actividad del día, cuando el tiempo corre más productivamente. Se opone a la medianoche, o *intempestas*, de diez a doce de la noche, porque a esa hora no se hace nada. Así termina el día de veinticuatro horas, comenzando con la declinación de la medianoche o *mediae noctis inclinatio*, de medianoche a las dos horas, y el *gallinum* de dos a cuatro. Así vemos que para Macrobio y Boccaccio, el *conticinium* corre de cuatro a seis de la madrugada. El *diluculum* es de seis a ocho, *manes* de ocho a diez, *meridiem* de diez a doce y *occidum* de doce a dos de la tarde.

diversas culturas que integraron el vasto Imperio Romano.¹⁵ En la tradición hebrea, por ejemplo, el día comenzaba al amanecer. Para los romanos comenzaba a partir de la medianoche. Estas seis horas de diferencia han dado pie a un cúmulo de discusiones en torno al significado de las horas en el prendimiento, juicio y calvario de Jesús. Si practicamos, pues, un burdo arañazo de filología, podemos ver que desde la Antigüedad el sentido de los términos que dividen los momentos del día y de la noche se usaban un tanto cuanto *ad libitum*, no sólo porque dichos términos estaban sujetos ora a la vida agrícola, ora a las vigilias militares, o incluso a la navegación, sino porque las citas que unos autores hacen de otros suelen ser inexactas y hasta podemos encontrar en uno solo, como Servio, ambas definiciones de *conticinium* en distintas partes de su comentario a la *Eneida*.¹⁶

CONTICINUM – ANTES DE LA MEDIANOCHE	CONTICINUM – DESPUÉS DE LA MEDIANOCHE
Plauto (s. III-II AC) - <i>Anfitrión</i> , I, 1; <i>Asinaria</i> , III, 3	
Varrón (ss. II-I AC) – <i>Lengua latina</i> , VI, 7 “Elio decía que <i>intempestas</i> se refería al periodo de tiempo en que no hay ocasión de desarrollar ninguna actividad. Hay quienes a este espacio temporal lo denominaron <i>concubium</i> (tiempo de dormir), porque es el momento en que todo el mundo duerme (<i>cubare</i>); otros, dado que reina el silencio, lo	Censorino (s. III) - <i>De die natali</i> , X “Tempus, quod huic proximum est, vocatur De media nocte . Sequitur Gallicinium, cum galli canere incipiunt, deinde Conticinium , cum conticuere, tunc Ante lucem, & sic Diluculum, cum, Sole orto, iam lucem”

¹⁵ Boccaccio mismo lo apunta en *op. cit.*, 1532, I, 34, p. 27: “Athenienses autem olim a solis occasu incipientes, diem in occasum diei sequentis finebant. Babylonii ver ab ortu faciebant, quod ob occasu Attici. Umbri qui & Hetrusci sunt, a meridie illi fecere principium, & in sequentis diei meridiem terminabant, quae consuetudo adhuc ab astrologis observatur”. Traduzco: “Los atenienses comenzaban el día al ponerse el sol y lo terminaban al ocaso del siguiente día. Los babilonios lo hacían al levantarse el sol, mientras que los áticos al ocaso. Los umbros, que son los etruscos, le daban principio al medio día y lo terminaban al medio día siguiente, que era la costumbre que observaban los astrólogos”.

¹⁶ Maurus Servius Honoratus, *Commentary on the Aeneid of Vergil*, Georgius Thilo y Hermann Hagen (eds.), 3 vols. (vols. 2 y 3), Leipzig, 1881-1902, II, p. 268, y III, p. 587. <ULR:

[http://catalog.perseus.org/?f%5Btg_facet%5D%5B%5D=Servius+4th+cent>](http://catalog.perseus.org/?f%5Btg_facet%5D%5B%5D=Servius+4th+cent)
[Consulta: 11, oct, 2014].

<p>llamaron “silencio de la noche”; Plauto lo designa como <i>conticinium</i> (tiempo de silencio)”</p>	
<p>Servio (s. IV) – Comentario a la Eneida de Virgilio, II</p> <p>“<i>vespera, conticinium, intempesta nox, gallicinium, lucifer</i>”</p>	<p>Servio (s. IV) – Comentario a la Eneida de Virgilio, III</p> <p>“‘intempesta’, id est media; ‘gallicinium’, quo galli cantant; ‘conticinium’ post cantum gallorum silentium; ‘aurora’ vel ‘crepusculum matutinum’”</p>
<p>San Isidoro de Sevilla (s. VI-VII) - Etimologías, V, 4-14</p> <p>“<i>Noctis partes septem sunt, id est vesper, crepusulum, conticinium, intempestum, gallicinium, matutinum, diluculum</i>”</p> <p>“Son siete las partes de la noche: atardecer, crepúsculo, conticinio, intempesto, gallicinio, madrugada y alba”</p>	<p>Macrobio (s. IV-V) – Saturnales, I</p> <p>“Primum tempus diei dicitur <i>mediae noctis inclinatio</i>: deinde gallicinium, inde <i>conticum</i>, cum et galli conticescant et homines etiam tum quiescant: deinde diluculum, id es cum incipit dies dignosci”</p> <p>“El primer periodo del día es denominado ‘declinación de la medianoche’; luego ‘canto del gallo’; a continuación ‘silencio’, cuando los gallos callan y los seres humanos todavía descansan; después ‘amanecer’, esto es, cuando comienza a distinguirse el día”</p>
<p>Beda (s. VII-VIII) – De temporum ratione, V</p> <p>“<i>crepusculum, vesperum, conticinium, intempestum, gallicinium, matutinum, diluculum</i>”</p>	<p>Boccaccio (s. XIV) - Genealogiae..., I, 9, 34</p>
<p>Rábano Mauro (s. VIII-IX) – De universo libri XXII, X, 7</p> <p>“<i>crepusculum, uesperum, conticinium, intempestum, gallicinium, matutinum, diluculum</i>”</p>	<p>“ab initio diei Romanorum incipiens, primum tempus diei dicitur mediae noctis inclinatio, eo quod nox in diem incipiat declinare. Deinde a galli cantu <i>gallicinium</i> nuncupatum. Tertium <i>conticinium</i>, eo quod sopita omnia conticescere videantur”</p> <p>“el inicio del día de los romanos se llama primer tiempo del día o inclinación de la media noche, es decir que la noche comienza a declinar al principio del día. Luego se llama el canto del gallo, gallicinio. El tercero conticinio, porque vemos que todos están en silencio. El cuarto dilúculo, que es cuando vemos aparecer la luz del día”</p>

La distinción no la podríamos hacer según su uso, pues en las vigilias militares tenemos testimonios del empleo de *conticinio* como la primera y como la penúltima parte de la noche. Tampoco valen los criterios geográficos, porque interviene el aspecto político y cultural que conlleva la aplicación de las leyes romanas y su devenir en las

provincias del Imperio. Hasta ha habido filólogos que han observado que la tradición escrita a este respecto ha pretendido dar precisión a un uso que nunca la tuvo. Lo único que nos resta es ir viendo en dicha tradición escrita cuál va siendo el comportamiento de ambas acepciones.

Ya desde el siglo I AC, Varrón,¹⁷ citando a Plauto,¹⁸ llama *concubium* o *conticinium* al tiempo de dormir, haciéndolo sinónimo de *intempestas*. Por esto debemos colocar a Plauto y a Varrón en un lugar distinto de quienes, como Censorino¹⁹ y Macrobio, definitivamente ubican el conticinio después del canto del gallo y antes de rayar el alba. Así, para Boccaccio, las horas de la noche son, en este orden: víspera, primera antorcha, primero sueño, noche intempesta, inclinación de la medianoche, canto del gallo, conticinio y amanecer. Al primero sueño que menciona Boccaccio lo había llamado Macrobio *concupia*; notemos que éste usa el término de Varrón pero aplicado a un momento diferente de la noche. Larralde, como señalamos, piensa que Boccaccio es la fuente de Sor Juana sin fijarse en que el ítalo coloca el conticinio después del canto del gallo y que esto no coincide con el dimidiar de la sombra después de ese momento, mientras que en Plauto, Varrón y en una serie de pensadores cristianos medievales – San Isidoro de Sevilla,²⁰ Beda,²¹ Rábano Mauro²² y otros–, el nombre

¹⁷ Marco Terencio Varrón, *De lingua latina*, vol. 6, Manuel-Antonio Marcos Casquero (ed. y trad.), Anthropos, 1990 (Textos y documentos: Clásicos del Pensamiento y las Ciencias), VI, 7, p. 144.

¹⁸ Titus Maccius Plautus, «Amphitryo», en *Comici omnium lepidissimi, gravissimi atque elegantissimi Comediae viginti*, Basileae, Eusebium Episcopium, 1568 I, 1, pp. 7-20 (toda esta escena tiene lugar en la primera parte de la noche o segunda vigilia romana); «Asinaria», III, 3, p. 82.

¹⁹ Censorinus, *De die natali liber*, Venetiis, Aldum, 1581, p. 44.

²⁰ San Isidoro de Sevilla, *op. cit.*, pp. 532-533: “Siete son las partes de la noche: atardecer, crepúsculo, conticinio, intempesto, gallicinio, madrugada y alba. El atardecer se llama ‘vesper’, por la estrella del ocaso que sigue al sol poniente y precede al comienzo de las tinieblas... Las *tinieblas* se llaman así porque ‘tienen sombras’. *Crepúsculo* es la luz incierta, ya que ‘incerto’ se dice en latín *creperum*, esto es, entre la luz y las tinieblas. *Conticinio* es el tiempo en que todos callan, pues *conticescere* es ‘callar’. *Intempesto* es el espacio medio e inactivo de la noche, cuando no puede hacerse nada y todo descansa entregado al sueño. Y es que el tiempo no es concebido por sí mismo, sino al través de los actos humanos. Ahora bien, el periodo central de la noche carece de actividad. En consecuencia, ‘intempesto inactivo’, viene a equivaler a ‘sin tiempo’, esto es, sin acción, por la cual se determina el tiempo... El *gallicinio* se llama así a causa de los gallos, heraldos de la luz. *Madrugada* es el periodo

de *conticinio* se le da precisamente a ese “primer sueño” o *concubia*, es decir, cuando los seres vivos guardan silencio, se recogen en sus nidos y comienzan a dormir. Es así como se usó desde la Edad Media, por ejemplo, en los escolios a la *Eneida* de Virgilio,²³ y esta tradición la encontramos hasta el siglo XX, cuando James Joyce, en *Finnegans Wake*, utiliza la palabra en varios pasajes:

Now conticinium....The time of lying together will come and
the wildering of the nicht till cockeedoodle aubens Aurore...
No chare of beagles, frantling of peacocks, no muzzing of the
camel, smuttering of apes.²⁴

Joyce, como Sor Juana lo hizo, participa de la tradición que arranca de la Patrística y luego de San Isidoro y de Beda que podríamos llamar la tradición monacal: en ella, el conticinio precede a la hora del sueño profundo.²⁵ Considerando ambas vertientes debemos observar que

que media entre la retirada de las tinieblas y la llegada de la aurora. A este tiempo se le denomina ‘matutino’ porque en él comienza a fraguarse la mañana. El alba es como una pequeña luz del día que empieza a brillar. Se la llama también aurora, que precede al sol²⁶.

²¹ *Bede, op. cit.*, pp. 28-31.

²² Rabanus Maurus, *De universo libri XXII*, F. Javier Gil Chica (ed.), basado en Rabanus Maurus, *Opera omnia*, Jacques-Paul Migne (ed.), Paris, 1852 (Patrologia latina, CVII-CXII). <ULR: dfists.ua.es/~gil/de-universo-rabano-mauro.pdf> [Consulta: 11, oct, 2014], X, 7.

²³ John Joseph Savage, «The Scholia in the Virgil of Tours, Bernensis 165», en *Harvard Studies in Classical Philology*, 36, 1925, pp. 91-164, p. 147: “Tempus erat quo prima quies: primam partem noctis describit quae conticum (leg. conticinium) vocatur. multae sunt partes noctis, sero, conticinium, a conticendo quando homines dormitum peragunt, intempestum, gallicinium. mane quod et crepusculum dicitur, id est dubia lux sicut sero”.

²⁴ James Joyce, *Finnegans Wake*, Robbert-Jan Henkes, Erik Bindervoet, Finn Fordham (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2012 (Oxford World’s Classics), p. 245.

²⁵ En la cultura hispánica del Siglo de Oro parecen haber coexistido ambas tradiciones. Por un lado, la misma de Sor Juana ya no en textos monásticos sino el *Breve compendio de la esfera de la arte de navegar*, de Martín Cortés Albacar, Sevilla, Anton Alvarez, 1551, p. 46, donde éste refiere que los antiguos “dividen la noche en quatro quarteles, dando tres horas a cada quartel, y en estas quattro partes hazían velar la gente de guerra. En el primer quartel, que llaman *conticinium*, que dezimos el primer sueño, velavan todos. En el II, que llamavan *intempestum*, que es la buelta de media noche, velaban los mancebos. En el III, que dezian el *gallicinium*, que es cuando los gallos cantan, velaban los caballeros de mediana edad. En el quarto y último quartel, *matutinum* o ante lucem, cuando ya quiere ser de día, velavan los caballeros ancianos;

hay, en efecto, dos momentos que se caracterizan por su silencio o por la “continencia” de los seres vivientes, tanto cuando comienza el sueño como cuando está a punto de terminar. En medio está la noche intempesta, o *intempesta nox*, que se llama así porque es el no tiempo, el tiempo sin tiempo del sueño profundo. Como el sueño de Sor Juana contiene toda una aventura que va de la súbita revelación intuitiva, al naufragio, al recurso al raciocinio y al percatarse de lo inútil de ambas vías pero sin desistir de su afán de conocerlo todo, es claro que este sueño tiene lugar en la “*intempesta nox*”, cuando el sueño es muy hondo y resulta difícil despertar al soñante. Y así siguió entendiéndose hasta el siglo XIX, como vemos en este soneto de Manuel José Othón titulado “Intempesta nox”:

Media noche. Se inundan las montañas
en la luz de la luna transparente
que vaga por los valles tristemente
y cobija, a lo lejos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas
semejan al temblar, nieve el torrente,
y se cuaja el vapor trágicamente
del barranco en las lóbregas entrañas . . .

Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en ti: que nos envuelva
el rey de tus fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores

y de aquí se entiende la primera y segunda y tercera vigilia de la noche”. Por otro lado, la tradición de Macrobio la sigue el franciscano Juan de Pineda en *Los treinta y cinco diálogos familiares de la agricultura cristiana*, Salamanca, Pedro de Adurça y Diego Lopez, 1589, II, 27, p. 49: “entre los Romanos dende una media noche hasta otra media, fue repartido en muchos taraçones con diversos nombres, y la primera parte se llama declinación de la media noche; y luego sucede el tiempo del canto del gallo; y tras éste el del conticinio o de silencio, porque los gallos y la gente se sosiega; y luego viene el dilúculo, que es la primera muestra de la luz del día (como lo significa el nombre); y luego la mañana... que es cuando quiere salir el sol”.

y en el sagrado horror de sus misterios.²⁶

De ahí que los versos que estamos comentando –“el conticinio casi ya pasando / iba y la sombra dimidiaba”– marquen la medianoche como el momento en que comienza el sueño en que el alma se ve contemplando el mundo, no así el amanecer.²⁷

La selección del término conticinio revela lo importante que es para Sor Juana el “silencio” en el sentido de su poema, y lo debe ser también para nosotros si queremos comprender cabalmente el significado del *Primero sueño*: por un lado, es el silencio que se experimentaba en ese tiempo todas las noches, cualquier noche, cuando la naturaleza se recoge. Por el otro, es un silencio teologal que propicia el emprender una trayectoria de acercamiento a la “Causa Primera”, como sucede en su poema. Trayectoria que no está sujeta a fechas astronómicas precisas, sino que es connatural al ser humano en tanto que su alma “recuerda” su origen divino sin necesidad de que las constelaciones se encuentren en cierta posición. Pero no por esto hemos de quitar la atención del momento previo al amanecer, es decir, ese que es llamado por San Isidoro, Beda y Rábano Mauro *matutinum*, que es el conticinio para Macrobio y Boccaccio; es muy relevante porque se trata justamente del momento de los sueños de revelación, tal como lo defiende, ya en 1639, Manuel de Faria e Sousa al comentar *Os lusiadas* de Camoens.²⁸ Este autor, quien comparte la tradición de

²⁶ Manuel José Othón, *Paisaje*, Manuel Calvillo (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1944 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 50), de *Noche rústica de Walpurgis* (1907), pp. 41-42.

²⁷ La cuestión del título, ya sabemos que no es posible establecer con seguridad si lo puso el editor o se lo dio la misma Sor Juana. Sin embargo, es un hecho que no consta en ninguna parte que Sor Juana se haya inconformado por el título que aparece en la primera edición del *Segundo tomo* del que considera el único poema que escribió por propio gusto. Y sabemos muy bien que a Sor Juana no le gustaba nada que le cambiaran sus títulos. Toda su *Respuesta a Sor Filotea* estriba retóricamente en el cambio de título que el obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz, le dio a su *Crisis de un sermón*. Por lo demás, en el Siglo de Oro no era raro usar el adjetivo “primero” en lugar de “primer”, como podemos leer en los siguientes versos de Quevedo (*Parnaso español. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos*, vol. 5, Madrid, Antonio de Sancha, 1771, «Poema heroico a Cristo resucitado»: 289):

...en el primero umbral, con ceño airada,
la Guerra estaba en armas escondida...

²⁸ “No tempo que a luz clara / foge, e as estrellas nitidas que saem / a repousou
convidam quando caem...”, en Luis de Camoens, *Os Lusiadas... Comentadas por Don*

Macrobio y llama conticinio al momento que sigue al canto del gallo, es bastante prolíjo al describir cómo esta última parte de la noche se presta a las visiones luminosas, a los sueños verdaderos, pues es cuando el cuerpo humano está libre de los “humores” provenientes de la digestión y, estando la mente llena de espíritus cristalinos, se vuelve propicia a las revelaciones divinas. Sobre esto Faria e Sousa cita la sátira 10 de Horacio,²⁹ la epístola de Hero a Leandro de Ovidio,³⁰ el canto 26 del “Infierno” de Dante,³¹ así como el Canto I, de los *Cinco cantos*, de Ariosto,³² entre otras fuentes, para demostrar que Camoens comparte esta idea acerca del sueño próximo al alba. En *el Primero sueño* sería el instante en que el alma desea y se contiene a la vez en el conocimiento de la naturaleza, cuando esa *claridad*, por así decirlo, acerca de la poca *claridad* que alcanza el ser humano ante la creación universal invade al alma a punto de despertar, al hacerse evidente no la naturaleza del mundo, de por sí inabarcable, sino la propia naturaleza humana:

Mas mientras entre escollos zozobraba
confusa la elección, sirtes tocando
de imposibles, en cuantos intentaba
rumbos seguir...³³

Manuel de Faria e Sousa, Lisboa, Iuan Sanchez, 1639, Canto IV, LXVII, p. 359. Traducción: “...cuando la luz clara / huye y las estrellas que salen nítidas / al reposo convidan cuando caen...” Los intentos de traducción al español de esta y las siguientes citas son míos.

²⁹ “Post mediam noctem visus, cum somnia vera...”, *Satirae* I, 10, citado por Faria e Sousa, *op. cit.*, p. 362. Traducción: “Se apareció a la medianoche, cuando los sueños son verdaderos...”

³⁰ “Namque, sub Auroram, iam dormitante lucerna, / Tempore quo cerni somnia vera solent...”, “Hero Leandro”, en *Epistolarum heroidum*, XX, citado por Faria e Sousa, *op. cit.*, p. 362. Traducción: “Pues, justo al rayar el alba, cuando mi lámpara ya se apagaba, / a la hora en que los sueños suelen cernerse veraces...”

³¹ “Ma se presso al mattin del ver si sogna...”, *Inferno*, XXVI, 7, citado por Faria e Sousa, *op. cit.*, p. 362. Traducción: Pero al acercarse la mañana soñamos la verdad...”

³² “...in tempo ch’ai focosi / destrieri il fren la bionda Aurora metta, / allor ch’i sogni men son fabulosi, / e nascer veritate se n’aspetta...”, Canto I, estrofa 52, citado por Faria e Sousa, *op. cit.*, p. 362. Traducción: “...cuando la rubia Aurora pone la rienda a sus fieros corceles, a la hora en que los sueños son menos fabulosos y se espera la verdad en ellos...”

³³ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, p. 356, vv. 826-829.

Empeñado en demostrar que en el poema hay un eclipse, Américo Larralde no se percata de nada de esto.

Hay además una cuestión muy importante relativa a los versos:

...que su atezado ceño
al superior convexo aun no llegaba
del orbe de la Diosa...³⁴

Aunque en *el Diccionario de autoridades* indique que la palabra “orbe” se usaba tanto para designar las esferas celestes como para designar a la terrestre, el *usus scribendi* de Sor Juana se ubica consistentemente en la primera de estas definiciones, ni una sola vez en la segunda. Así lo podemos ver en su romance 64:

...pues sólo por retratarla
los Orbes once se alegran
de que de espejos le sirva
su bruñida transparencia...³⁵

También en su soneto 196, donde le da el sentido de “esfera celeste” refiriéndose al cumpleaños de su hermano:

¡Oh quién, amado Anfriso, te ciñera
del Mundo las coronas poderosas!
Que a coronar tus prendas generosas
el círculo del Orbe corto fuera.³⁶

Y en su villancico a la Concepción con el número 276, donde también aparece la palabra como sinónimo de “universo”:

Dice el Génesis sagrado,
que fue la creación del Hombre
la perfección de los Cielos
y el complemento del Orbe.³⁷

Orbe es para Sor Juana trayectoria sideral o cielo. Larralde parece entender esto y, por lo visto, prefiere fincar su afirmación del supuesto eclipse del *Primero sueño* en el verso en que aparece la palabra

³⁴ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, p. 335, vv. 11-13.

³⁵ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, “Bailes y tonos provinciales”, p. 179, vv. 61-64.

³⁶ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, p. 304, vv. 1-4.

³⁷ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 2, 1952, p. 100, vv. 1-4.

“dimidiaba”, como acabamos de ver. Siendo así, permitiría a su pesar³⁸ la lectura correcta de los versos iniciales: la sombra no sólo no toca las estrellas, sino que ni siquiera llega al *superior convexo* de la órbita de la luna. En otro de sus intentos de sustentar su propuesta, Larralde recurre a Hiparco para afirmar que Méndez Plancarte se equivocó al no tener en cuenta que Sor Juana participaba del conocimiento común, dice él, de que “la sombra de la Tierra sobrepasaba a la Luna dos tantos más que la distancia de la Tierra a la Luna.”³⁹ Nuevamente hay que señalar que Larralde no contextualiza sus propios argumentos, pues Hiparco hace una formulación puramente matemática acerca del alcance de la sombra de la tierra, como muchos otros en la historia de la astronomía, pero no realiza una observación física del fenómeno, algo que sí ofrece Aristóteles y que también es tenido en cuenta por los científicos medievales y renacentistas cuando se trata de dar una explicación meteorológica de la sombra nocturna. Los *Meteorologica* del Estagirita eran vigentes todavía en tiempos de Sor Juana, formaban parte de la cultura científica jesuita y, por ende, del propio Sigüenza y Góngora, quien explica la formación de los cometas por las exhalaciones sulfúreas de la tierra que se encienden al elevarse a la esfera ígnea por encima de la del aire:

...los Cometas no son otra cosa que un cuerpo vastissimo compuesto de varias exhalaciones que, levantándose del mar y tierra, y encumbrándose a la suprema region del aire adquieren allí bastante compaccion y densidad para no desbaratarse con el movimiento rapidissimo del primer moble que los circumgyra, con el qual movimiento, o o por los rayos del Sol, o por hallarse en la esfera del fuego, o mediante la antiparistasis (como se ve en los rayos, estrellas volantes, caumas [sic] y semejantes meteoros), se enciende la materia sulfúrea...⁴⁰

³⁸ Por lo dicho más arriba acerca de su lectura errónea de la frase “aun no tocaba...” como “todavía no tocaba”.

³⁹ Larralde, *op. cit.*, p. 18.

⁴⁰ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Libra astronómica y philosophica*, México, Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón, 1690, p. 47. Sigüenza no hace más que asentar el conocimiento científico desde Aristóteles hasta el siglo XVII. Bajo la autoridad de Aristóteles, todo autor que trató la cuestión de los cuatro elementos en el mundo apuntó la existencia de la esfera de fuego bajo la órbita lunar; ver Franciscus Titelmannus, *Philosophiae naturalis*, Ludgumi, Gulielmum Rovillium, 1574, pp. 170-171.

En efecto, Aristóteles postula en su libro primero, capítulo 2⁴¹ que los cuatro elementos se distribuyen de dos maneras, una hacia el centro de la tierra y otra alejándose de ese centro. La tierra es el más pesado y siempre está en torno a su centro, mientras que el fuego es el más volátil y el que sube más alto. Los otros dos, dice Aristóteles, están en medio y los cuatro se encuentran debajo de la esfera lunar. Por tanto, en torno a la corteza terrestre se extiende una esfera de agua y una esfera de aire en constante movimiento y mutua relación, mientras que en la parte más alta se encuentra la esfera de fuego, que colinda con el éter supralunar. Aristóteles explica su existencia por irradiación del calor de la tierra y por refracción de los rayos del sol. Esta esfera ígnea fue representada desde la Edad Media hasta el siglo XVII con base en la descripción aristotélica, como puede verse en estas imágenes, la primera de Hildegarda de Bingen y la segunda del barroco alemán Martin Meyer:

⁴¹ *Aristotelis Stagiritae Meteorologicorum libri IIII*, Francisco Vatablo interprete, Parisiis, Tomam Richardum, 1550, I, 2, 2r-3v: “Cum enim antea definitum sit a nobis unum quidem principium de numero illorum corporum ese, ex quibus natura eorum constat, quae in orbem commeant, et alia corpora quatuor ob principia totidem esse, quorum duplicum esse motum, alterum a medio, alterum ad medium dicimus, atque cum haec sint quatuor nempe ignis, aer, aqua, et terra, quod super haec omnia invehitur ese ignem, quod subsidet terram, duo etiam ese quae perinde ut illa, inter sese habeant (nam aer, igni inter caetera proximus existit: aqua, terrae)”. Traducción: “Como nos ha quedado ya definido, existe un principio del conjunto de cuerpos que, según consta de su naturaleza, se desplazan orbitalmente, y además de que estos cuatro cuerpos deben su existencia a los cuatro principios [caliente, frío, húmedo y seco], es su movimiento de dos tipos: ya sea desde el centro o hacia el centro. Estos cuatro elementos son ciertamente fuego, aire, agua y tierra. De ellos, el fuego es el que a todos comprende; abajo yace la tierra, y dos elementos corresponden a los anteriores en su relación con cada uno de ellos: el aire es el más cercano al fuego y el agua a la tierra”.



Fig. 3. *Homo microcosmus* en Hildegarda de Bingen, I, VIII, 2.

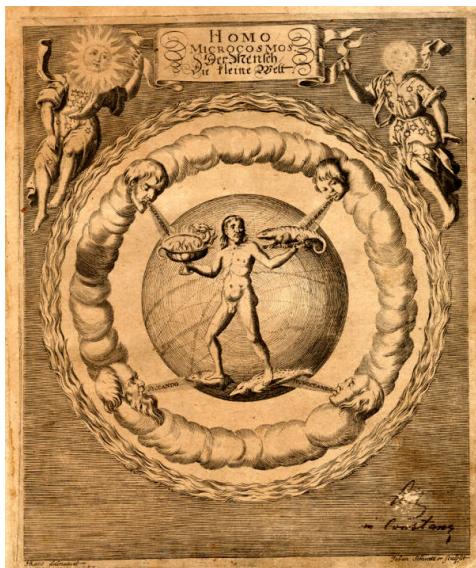


Fig. 4. *Homo microcosmus* en Martin Meyer.

Aristóteles no andaba tan errado, pues hoy sabemos que la termósfera o ionósfera es la capa más alta de la atmósfera y está permanentemente ionizada, y cuyo calor, superior al del más potente horno, permite la reflexión de las ondas de radio además de intervenir en las auroras boreales. Pues bien, en el siglo XVI, en sus *Diálogos de la agricultura cristiana*, un conocido peripatético del Siglo de Oro, el español Juan Pérez de Pineda dice lo siguiente acerca de la sombra de la tierra y la esfera de fuego:

...la sombra que haze la tierra teniendo al sol debaxo no siempre eclipsa a la luna, porque no llega a ella, si no es en la cola y en la cabeza del dragón, y, por más que esté en estas partes, no se eclipsan los planetas superiores ni las estrellas del firmamento, porque el sol antes dellas consume la sombra de la tierra con sus rayos, que alcanzan por los lados de la tierra y se juntan antes de las estrellas y allí se acaba la sombra de la tierra, haciendo figura conoide, por ser mayor el luminoso que el opaco, que causa la sombra.⁴²

⁴² Pineda, *op. cit.*, III, 30, p. 81. Las observaciones que preceden inmediatamente a esta cita son también interesantes en relación con el *Primero sueño*, pues más adelante Sor Juana hablará de la ausencia de sombra de las pirámides egipcias. En Pineda:

La cola y la cabeza del dragón eran los nombres metafóricos que la astrología daba a los puntos de intersección de la eclíptica con la órbita de la luna. En la astronomía geocéntrica, la eclíptica era la trayectoria del sol alrededor de la tierra, y esos puntos de cruce se llamaban ya entonces nodos;⁴³ sólo cuando la luna se coloca en alguno de ellos puede ser eclipsada, como podemos apreciar en estos esquemas, ambos del libro de Tornamira:

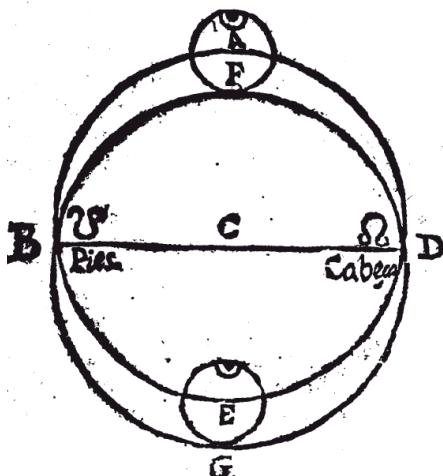


Fig. 5. Cabeza y cola del dragón, Tornamira, p. 146.

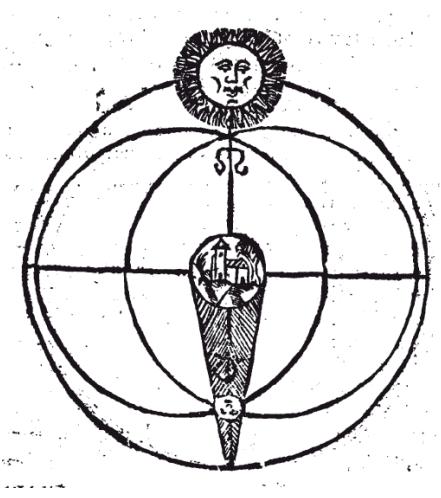


Fig. 6. Eclipse de luna, Tornamira, p. 173.

En todos los autores que mencionan la sombra de la tierra hallamos este señalamiento: los eclipses de luna suceden sólo en plenilunio y son tan ocasionales tal como tarda el astro en atravesar un punto nodal; si no es así, la sombra de la tierra simplemente fenece al llegar al orbe de la luna. Este era el común conocimiento peripatético en el

“Solino encarece las alturas de las pyramides hasta dezir que no hazian sombras; mas, bien entendido, poco engrandecimiento fue el suyo, porque la punta más alta de la pyramide era rematada en agudo, y aquella punta yo concedo que no causaría sombra en el suelo porque su opacidad es absorbida del mayor cuerpo luminoso del sol, que por los dos lados de la punta de la pyramide guia sus rayos al suelo, y se consume dellos la sombra, que comenzó en la pyramide y se acabó por la razón dicha primero que llegase al suelo, como la sombra que haze la tierra...”, p. 80-81.

⁴³ Tornamira, *op.cit.*, p. 146; Ioseph Zaragoza, *Esphera en común celeste y terráquea*, Madrid, Martín del Barrio, 1675, p. 75-76.

mundo hispánico del Siglo de Oro, como podemos ver también en la *Introducción al símbolo de la fe*, de Fray Luis de Granada:

...cuando el sol de noche está de la otra banda del mundo debajo de la tierra, la sombra della se va siempre estrechando, de modo que no llega más que al cielo de la luna, y por eso la eclipsa cuando acierta a ponerse debajo de la tierra enfrente della, mas allí fenece esta sombra, de modo que no llega al tercero cielo, donde está el lucero del alba, el cual nunca se eclipsa, porque la sombra de la tierra no llega a él.⁴⁴

En esta visión del mundo, la órbita lunar se caracteriza por tener un inferior convexo y un superior convexo. El inferior está en contacto directo con la esfera ígnea, mientras que el superior lo está con el éter o el cristalino. Si el *Primero sueño* de Sor Juana señala que la sombra de la tierra *ni siquiera llega al superior convexo del orbe de la “Triforme diosa”*, es precisamente esto lo que dice: que no rebasa la esfera de fuego, cuyo lugar preciso en el *inferior convexo* de la órbita lunar, también llamado *cóncavo de la luna*⁴⁵; allende el *superior convexo* están los astros por encima de la luna misma, pues se consideraba que la luna estaba mucho más cerca de la tierra de lo que hoy sabemos: que la luna está bastante más lejos de la ionósfera y aun de la magnetósfera, donde hoy circulan los satélites.

Larralde supone que si la sombra no llega a las estrellas es forzosamente porque está eclipsando a la luna, y lo que nuestro poema dice de hecho es que la cualidad de *exentas* de las estrellas queda siempre salvaguardada (“exentas siempre, siempre rutilantes”⁴⁶), para

⁴⁴ Fray Luis de Granada, «Introducción al Símbolo de la Fe», en *Obras*, vol. 1, Madrid, Ribadeneyra, 1871, XXXVIII, 4: 277. He preferido utilizar esta edición de la Biblioteca de Autores Españoles porque la edición de Cátedra omite la palabra “nunca” respecto a la ausencia de eclipse del planeta Venus.

⁴⁵ Así lo llama, por ejemplo, Quevedo: “En la margen de esta astrología meteórica había de citar a Jigorro y a Pollo Crudo, porque decir que el cerro de Monserrate escala el cuarto cielo (que es el del sol en todo lunario y almanaque, sin que haya cosa en contrario), y que por templar la frialdad que allí había, empinó la garganta para calentarse en la región del fuego (que, según Aristóteles, está en infinita distancia más abajo del cóncavo de la luna, es cosa insopportable; debiendo decir que derribó el gaznate, pues lo baja él tanto”, *Perinola*, Celsa Carmen García Valdés (ed.), Madrid, Cátedra, 1993, p. 491.

⁴⁶ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, v. 6: 335.

asentar seguidamente que el ceño de la sombra queda “sólo dueño / del aire que empañaba / con el aliento denso que exhalaba”.⁴⁷ Y haberlo expresado Sor Juana en estos versos tiene un gran sentido metafísico, porque es justamente el inferior convexo de la órbita lunar donde termina el mundo corruptible, siendo el superior convexo de esa órbita el inicio del mundo incorruptible, en el cual incursionará el intelecto agente en el *Sueño* mediante los conceptos o razones seminales. ¿A qué viene meter aquí un eclipse que el poema nunca menciona?

Más aún, Larralde recurre a un informe de la NASA para indicar a sus lectores que sí hubo un eclipse lunar en el lapso aproximado en que pudo haber sido compuesto el *Primero sueño*.⁴⁸ Según este cálculo, la coincidencia del plenilunio con el avistamiento de Venus al amanecer, tal como sucede en el poema,⁴⁹ se dio en los eclipses lunares de 1684 y 1685. Las fechas se antojan algo tempranas en la carrera literaria de Sor Juana y en su historia editorial. ¿Por qué no habría sido publicada la silva en la *Inundación castálida*, si así fuera? Pero esto es tan sólo extraño, lo inaceptable es algo puramente lógico: el cuadro mencionado nos señala que el primero de esos eclipses se dio en diciembre 2, comenzó a las 16:04 y duró 5 horas y 30 minutos. Entonces su punto máximo debió ocurrir cuando apenas oscurecía; al llegar la medianoche ya sería cosa del pasado, pero de ninguna manera, ni remotamente, estaría en su apogeo en el conticinio tal como lo entiende Larralde a partir de Boccaccio, es decir, justo antes de amanecer. El segundo eclipse ocurrió el 10 de diciembre, comenzó a las 15:52 horas y duró 5 horas y 34 minutos. Entonces su clímax tuvo lugar doce minutos antes que el precedente, al ponerse el sol, y también terminó casi tres horas antes de la medianoche. En ambos casos, el eclipse lunar en plenitud caería un poco antes del momento en que la sombra de la tierra se yergue audaz hacia las estrellas, y luego desaparecería antes de las diez de la noche, lo cual queda

⁴⁷ Larralde, *op. cit.*, p. 93, vuelve a la carga respecto a si la palabra “solo” se ha de leer como el adjetivo “único” (que es lo que él opina) o el adverbio “solamente”, como, dice él, “interpretan equivocadamente” Álvarez de Lugo y Méndez Plancarte. La opinión de Larralde tropieza con el hecho de que la sintaxis resulta torpe con el gerundio “quedando”, y además la diferencia, si la hubiere, es intrascendente.

⁴⁸ Larralde, *op. cit.*, p. 28.

⁴⁹ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, p. 357, vv. 895-897: “Pero de Venus, antes, el hermoso / apacible lucero / Rompió el albor primero...”

definitivamente desubicado en relación con las pretensiones de Larralde sobre el *Primero sueño*. Es un alivio saber que lo que realmente dice Sor Juana es que llega la medianoche una vez recogida la naturaleza e inicia el extraordinario sueño del alma sin eclipse alguno.

Respecto a la carta astrológica que el ingeniero Larralde vislumbra en nuestra silva, pueden aducirse muchas objeciones. Si analizamos la argumentación, encontramos múltiples incongruencias. Por dar un ejemplo: cuando el poema llega al personaje de Acteón tenemos que leer “Orión”,⁵⁰ puesto que Orión fue cazador, como Acteón, y de lo que se trata es de meter como una cuña la alusión a la constelación de Orión. Acteón, para Larralde, carece de peso poético alguno: ¿Hemos de considerar que Sor Juana se equivocó al escribir “el de sus mismos perros acosado”?⁵¹ Igualmente, poco importa que el león semidurmiente sea león,⁵² pues como es el rey de los animales, ha de ser la constelación de Cefeo.⁵³ A este punto, tengo grandes sospechas de que el largo pasaje sobre Alcione sale sobrando,⁵⁴ por no decir que una es la pléyade y otra muy distinta la esposa de Ceix.⁵⁵ El caso es que las primeras ediciones tienen “Almone” en ese verso, y, ante la inexistencia de este nombre en la mitología clásica, “Alcione” fue una sugerencia de Karl Vossler en el siglo XX. Y así como “el can dormido” del verso 80 es para Larralde la constelación del Can,⁵⁶ la media luna del inicio de las *Soledades* de Góngora no sólo es para él la constelación de Tauro, como anotó García de Salcedo en 1636,⁵⁷ sino un eclipse parcial de sol, algo insospechado por siglos de crítica gongorina y sustentado por Larralde en que, al parecer, no se trata de una hoguera avistada por el náufrago esa “mariposa en cenizas

⁵⁰ Larralde, *op. cit.*, p. 41.

⁵¹ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, p. 338, vv. 113-122.

⁵² Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, p. 338, vv. 111-112.

⁵³ Larralde, *op. cit.*, p. 39.

⁵⁴ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, p. 337, vv. 93-96: “...y entre ellos, la engañosa encantadora / *Almone* † a los que antes / en peces transformó, simples amantes, / transformada también, vengaba ahora”. En un ensayo mío, «La ballena invisible del *Primero sueño*», parte de un libro digital que publicará próximamente la editorial Destiempos, trato ampliamente el asunto de esta “engañosa encantadora”.

⁵⁵ Larralde las considera una sola sin percibirse de que Vossler ha cambiado el nombre Almone por el de Alcione: *op. cit.*, pp. 37-39.

⁵⁶ Larralde, *op. cit.*, p. 34.

⁵⁷ Luis de Góngora, *Soledades de D. Luis de Góngora comentadas por D. García de Salcedo Coronel*, Madrid, Imprenta Real, 1636, p. 11.

desatada” en medio de la noche, sino el astro solar que sale de su eclipse. Y así, sucesivamente. En todos los casos, sea Góngora o Sor Juana, nos veríamos obligados a postergar u olvidar como un estorbo el sentido conceptual y simbólico que la tradición literaria y cultural da a los seres y personajes que pueblan, en concreto, el *Primero sueño*. En suma, esta publicación no es recomendable para un estudio serio del poema de Sor Juana.

Hace poco me enteré de que antes de dejarnos, Antonio Alatorre escribió un largo ensayo sobre el heliocentrismo en la cultura hispánica publicado también por el Fondo de Cultura Económica. Este pequeño libro apareció póstumamente y es accesible en línea. Creo que es una magnífica introducción para los legos en esta materia y la gran ventaja es que en su mayor parte está referido a la cuestión de cuál es el modelo cosmogónico de Sor Juana, estableciendo con toda claridad que ella, como sus contemporáneos del mundo hispánico, gravitaban todavía en el modelo ptolemaico, fuese por convicción o por precaución, dada la condena eclesiástica del modelo copernicano a partir de la confrontación de la Iglesia con Galileo. Sin embargo, difiero de Alatorre en un par de aseveraciones categóricas: la primera, que en San Isidoro de Sevilla no hay mención alguna de cuestiones astronómicas.⁵⁸ Su aserto pudo deberse a una distracción, porque además de los pasajes ya citados por mí, en el libro III de las *Etimologías* tenemos un capítulo dedicado a la astronomía con cuarenta y ocho incisos que versan sobre la esfera terrestre, la esfera celeste y sus polos, el zodiaco, la naturaleza y movimientos de las estrellas, del sol y de la luna, así como los eclipses; en el libro V, sobre los tiempos y las leyes, trata, además de lo que hemos visto acerca de la noche, el día, la semana, los meses, los años, los equinoccios, los solsticios y las estaciones. Podemos asegurar que en la base de la formación astronómica de Sor Juana están estas partes de las *Etimologías*, aunque también las reelaboraciones de otros científicos medievales, como hemos visto, y las renovaciones de los renacentistas y barrocos. Otra afirmación de Antonio Alatorre que me parece cuestionable es que no hay ninguna referencia a los espacios supralunares en el *Primero sueño*. Este segundo aserto está expresado de varias maneras a lo largo de su ensayo, siendo cierto en algunas y equivocado en otras. Veamos:

⁵⁸ Antonio Alatorre, *El heliocentrismo en el mundo de habla española*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 11.

Alatorre rebate muy justificadamente a Octavio Paz en sus apreciaciones, bastante propagadas no sólo por muchos de sus lectores ingenuos, sino incluso por ciertos académicos y escritores, de que en el *Primero sueño* Sor Juana “nos cuenta la peregrinación de su alma por las esferas supralunares” y “el viaje del alma por las esferas celestes”. Ciertamente eso nunca sucede en el poema. Por consiguiente, es igual de errada, dice Alatorre, la comparación del *Primero sueño* con el *Iter extaticum* de Athanasius Kircher, un tratado de filosofía natural en uno de cuyos pasajes sí hay un viaje del personaje Teodidacto (que es el mismo Kircher) por las esferas de los distintos planetas. Nada de esto hay en el poema de Sor Juana y es muy cierto, como sostiene Alatorre, que la moda kircheriana ha hecho decir erróneamente a muchos que Sor Juana está en definitiva deuda con él. No obstante, sobre el asunto del mundo supralunar, Alatorre no les da la importancia debida a tres pasajes del poema que, sin que sean una “peregrinación” ni un “viaje” o recorrido, sí nos hablan de una contemplación del mundo supralunar: el primero, donde al remontarse el alma al intelecto agente, lo hace precisamente a esa parte humana angélica, la que está por la Gracia en contacto directo con el Empíreo, donde residen los conceptos universales. Es desde ahí donde contempla el universo:

...y juzgándose casi dividida
de aquella que impedida
siempre la tiene, corporal cadena,
que grosera embaraza y torpe impide
el vuelo intelectual con que ya mide
la cantidad inmensa de la Esfera,
ya el curso considera
regular, con que giran desiguales
los cuerpos celestiales...⁵⁹

Si bien no se trata de una travesía, sí que es una observación, aunque sea momentánea; es una fulminante especulación (que no es tan simple) referida al panorama celestial como parte del mundo creado, y su sentido en el poema es que nos ayuda a ubicar al alma protagonista en una perspectiva desde la cual puede contemplar todo

⁵⁹ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, pp. 342-343, vv. 297-305.

esto. En sus anotaciones al *Primero sueño*,⁶⁰ Alatorre interpreta que esto no es más que una suposición del alma en sueño (seguramente por el vocablo “juzgándose”), sin embargo, los versos expresan claramente que la acción de “medir” o “considerar” el curso de los cuerpos celestiales se realiza efectivamente. Y es una contemplación fáctica y coherente en el poema porque precisamente son los pensamientos geométrico-matemáticos los que más inscritos están en la residencia de los conceptos universales, privilegio del intelecto agente. Sólo sería una insensata suposición del alma si se tratase de un sueño engañoso, pero sucede que todo lo que sueña el alma aquí son las vicisitudes inherentes a la condición humana en estado de vigilia. Por lo tanto, no hay engaño.

El segundo pasaje es el clímax del poema, cuando el alma contempla el mundo creado. Generalmente se ha interpretado, y con buena razón, según vemos en lo que resta del poema, que se trata del planeta tierra lo que el alma contempla. Sin embargo, por lo menos en este momento, no es sólo el mundo sublunar, sino también el supralunar. Veamos:

Tanto no, del osado presupuesto,
revocó la intención, arrepentida,
la vista que intentó descomedida
en vano hacer alarde
contra objeto que excede en excelencia
las líneas visuales,
--contra el Sol, digo, cuerpo
luminoso...⁶¹

También se ha pensado que en este pasaje el sol puede estar siendo contemplado desde la tierra (desde la perspectiva de la persona durmiente), sin considerar que el sol está oculto en las antípodas. Insisto, tenemos que leer aquí que el alma se encuentra virtualmente remontada al Empíreo: sólo desde esa perspectiva se explicaría que el sol la cegara siendo de noche en la tierra. En su nota a estos versos, Alatorre interpreta el término “sol” como una metáfora de “todas las

⁶⁰ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, vol. 1, Antonio Alatorre (ed., introd. y notas), México, FCE, 2^a. ed., 2009, p. 504.

⁶¹ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, p. 346, vv. 454-460.

cosas del mundo”,⁶² pero más bien el sol es aquí un objeto más entre “todo lo criado”, además de que la autora nos dice que no fue tanto el sol, como el avistamiento de la totalidad del mundo o universo, lo que hizo zozobrar al alma. Entiendo, según el poema, que el alma contempla todo desde la cúspide de su intelecto, es más factible que esté contemplando el astro solar tal cual, capaz de cegar no sólo los ojos físicos, sino también los anímicos, puesto que su sustancia etérea es mucho más potente que la de cualquiera de los demás astros.

El tercer pasaje es un significativo paréntesis que se encuentra unos versos más adelante, en la parte media justa de la silva de Sor Juana:

...(bota la facultad intelectiva
en tanta, tan difusa
incomprehensible especie que miraba
desde el un eje en que librada estriba
la máquina voluble de la Esfera,
al contrapuesto polo)...⁶³

Ni Méndez Plancarte ni Alatorre comentan esta parte más que por cuestiones léxicas (“librada” y “bota”, respectivamente), pero resulta ser un pasaje crucial, no sólo por encontrarse en el medio justo del poema y, por ende, equidistante de la pirámide tenebrosa de la noche y la pirámide luminosa de la luz del día, sino porque el vocablo “Esfera” se refiere aquí precisamente a la esfera celeste, la cual gira en torno a la tierra en el modelo geocéntrico con todas las constelaciones y también tiene sus propios polos celestes, conectados con los polos terrestres. Es por eso que se trata de una “máquina voluble”, cuando sabemos que en este modelo, la tierra está fija. Tornamira representa así la esfera terrestre y la celeste: mientras que la mano divina sostiene firmemente a la tierra, todo lo demás da vueltas.

⁶² Alatorre, *op. cit.*, p. 512.

⁶³ Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, p. 347, vv. 482-487.

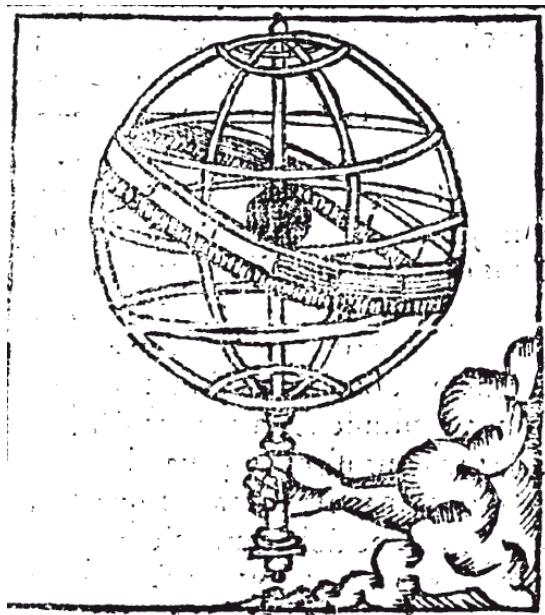


Fig. 7. Círculos de la esfera, Tornamira, p. 46.

En un cuadro sinóptico, Tornamira procede a dividir la esfera en sustancial y accidental. La sustancial se divide a su vez en celestial y elemental; la celestial son las esferas de los siete astros considerados entonces, el firmamento, el cristalino, el primer móvil y el Empíreo; la elemental es la tierra, con sus cuatro elementos. Por otra parte está la esfera accidental, que se divide en recta y oblicua, las cuales a su vez se dividen en los círculos equinoccial, zodiacal, meridiano, coluro solsticial, coluro equinoccial, horizonte, trópicos de Cáncer y Capricornio y los dos círculos polares.

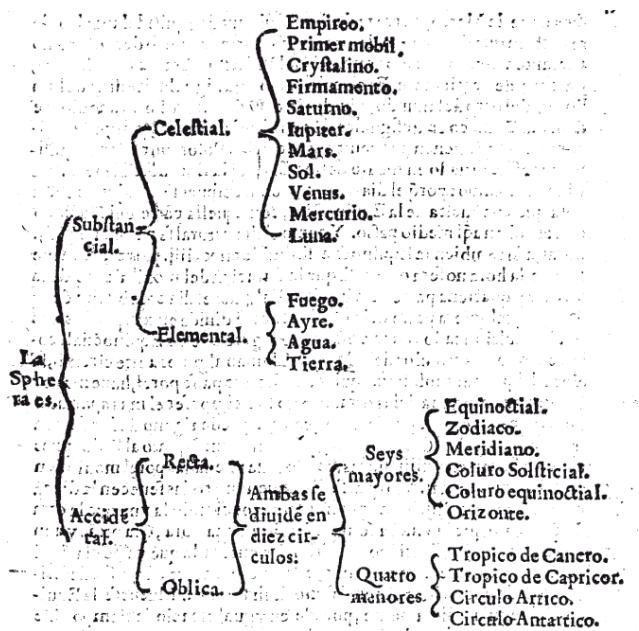


Fig. 8. La esfera, Tornamira, p. 47.

Cuando Sor Juana menciona la “máquina voluble de la Esfera”, se refiere a la esfera celestial y sus accidentes, siempre en relación con la elemental e inmóvil. La posible confusión para los lectores modernos podría darse porque al leer sobre el eje y los polos de la esfera en que ésta “librada estriba”, la asociación más inmediata es con esfera terrestre, y entonces se supondría que Sor Juana alude al movimiento de rotación. En todo caso, por lo que hemos visto hasta ahora, es insostenible que el *Primero sueño* no contenga alusiones a los cuerpos celestiales y sus movimientos. Si es verdad que esta cuestión no es la esencia de esta silva, como sí lo es en el pequeño relato de Teodidacto de Kircher, tiene ciertamente un papel estratégico en la composición poética.

Es estratégica la colocación de esta imagen, primero, porque es central en una composición poética estructurada entre dos puntos opuestos, que son el comienzo de la noche y el comienzo del día, y además nos habla de las esferas celestial y terrenal; en segundo lugar, porque esta colocación responde metafísicamente a la relación entre la divinidad y el mundo, esto es, la dimensión humana, tal como podemos verlo en la representación de los conos de luz y sombra superpuestos en la obra de Nicolás de Cusa, como ya he apuntado en

otro lado. Y finalmente, porque la ambigüedad del término “esfera”,⁶⁴ que podría aplicarse también a la tierra, ubicada en el centro entre la luz del día y la oscuridad de la noche, permitiría a Sor Juana dar entrada a las nuevas teorías astronómicas. No obstante, apegándonos al contexto y al sentido del poema, a su recurso constante del modelo geocéntrico donde la tierra es inmóvil, esto sería improbable. ¿Tendríamos que descartarlo del todo?

La prudencia nos avisa no realizar una lectura desiderativa de este verso (*wishful reading*) y “encontrar” una alusión al movimiento de rotación. Sin embargo, es un hecho que desde el siglo XV Nicolás de Cusa escribía con firme pluma sobre la posibilidad de la rotación terrestre.⁶⁵ El capítulo doce del libro segundo de *La docta ignorancia* es, además, un paradigma del *Primero sueño* de Sor Juana. Ahí se pregunta el Cusano si realmente lo que conocemos es la última verdad, siendo que el verdadero centro del universo es Dios, que está en todas partes

⁶⁴ En su obra, el término *esfera* aparece casi siempre como *cielo*. Juana Inés, *op. cit.*, vol. 1, romance 78, p. 206, vv. 81-84: “¡O caiga sobre mí / la Esfera Transparente, / desplomados del polo / sus diamantinos ejes...!”; décimas 124, p. 256, vv. 1-4: “Vuestros años que la Esfera / a luces cuenta, Señora, / numera a perlas la Aurora / y a flores la Primavera...”; soneto 208, p. 311, vv. 9-10: “¿Si estará ya en la Esfera luminoso / el pincel, de Lucero gradüado...”; liras 213, p. 317, vv. 25-26: “Estéñse allá en su esfera / los dichosos...”; vol. 2, villancico 304, p. 150, vv. 57-58: “Si Al que no cabe en la Esfera, / pudo Ella sola enclaustrar...”. En el *Primero sueño* es igual: p. 342, v. 303: “la cuantidad inmensa de la Esfera”, p. 346, vv. 427-428: “...cualquiera / gradüara su cima por Esfera”, p. 347, v. 486: “la máquina voluble de la Esfera”, que es el que discutimos en este punto, y los vv. 671-672, p. 352: “...círculo que cierra / la Esfera con la Tierra”. Pero también puede aparecer el término en relación directa con el orbe terrestre: villancico 307, vol. 2, p. 154, vv. 1-4: “En buena Filosofía / es el centro de la Tierra / un punto sólo, que dista / igual de toda la Esfera”, y aun el verso sobre Atlas del *Primero sueño*, pues lo que lleva en sus hombros es el universo y, dentro de él, la tierra (p. 354, vv. 776-777: “y el que fue de la Esfera / bastante contrapeso...”)

⁶⁵ Nicolás de Cusa, *Acerca de la docta ignorancia. Libro II: Lo máximo contracto o universo* (edición bilingüe), Jorga M. Machetta, Claudia D’Amico y Silva Manzo (introd., trad. y notas), Buenos Aires, Biblos, 2003-2004, II, XII, p. 95: “Ahora nos es manifiesto que esta Tierra en verdad se mueve, aunque esto no se nos muestre así. Pues no aprehendemos el movimiento sino por medio de una cierta comparación con algo fijo. Pues si alguien estando en una nave en medio del agua, ignorase que el agua fluye y no viera las rocas, ¿cómo aprehendería que la nave se mueve? Y en razón de esto: por cuanto a cualquiera, sea que estuviere en la Tierra o en el Sol o en otra estrella, le parece que está como en un centro inmóvil y que todo lo demás se mueve...”

y en ninguna. Sus ejemplos son siempre astronómicos para dar paso a una conclusión teológica. Según el cardenal, es lógico que haya otros mundos habitados, y nadie le torció la lengua, como a Bruno. A fines del siglo XVI los astrónomos españoles ya contemplaban las teorías copernicanas en sus tratados, aunque siempre negando su posibilidad fáctica. La consideraban una hipótesis más y así la representaban, incluso, entre otros modelos del universo, tal como podemos verlo en esta lámina del jesuita Joseph Zaragoza,⁶⁶ de 1675, similar a otra de Kircher en su *Iter extaticum*⁶⁷:

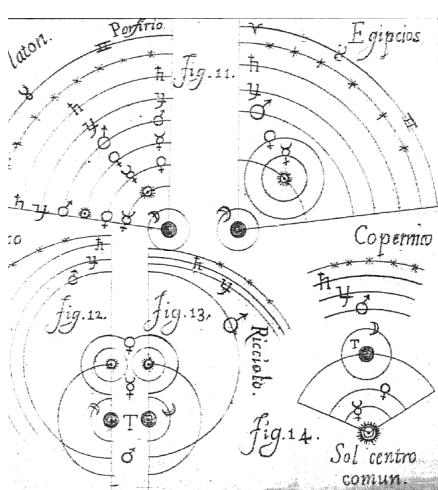


Fig. 9. Modelos del universo,
Zaragoza, lám. 4.

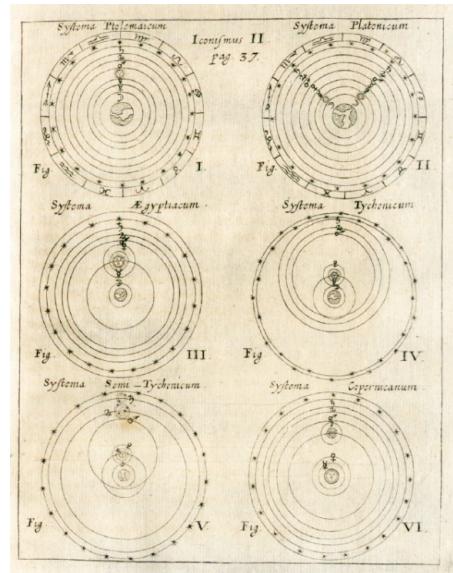


Fig. 10. Modelos astronómicos,
Kircher, p. 36.

Zaragoza incluso estructura varias partes de su obra colocando las distintas opiniones astronómicas en sucesión e igualdad de condiciones,⁶⁸ Copérnico incluido, aunque sea sólo a título de hipótesis. Como contemporáneo que era de Sor Juana esto muy elocuente. Por otra parte, Sor Juana no es nada ajena al manejo de un doble discurso, como podemos apreciar en la *Respuesta a Sor Filotea*.

⁶⁶ Zaragoza, *op. cit.*, lám. 4.

⁶⁷ Athanasius Kircher, *Iter extaticum coeleste*, Herbipoli, Johannes Andreae Endteri & Wolfgangi Junoris Haeredum, 1671, pp. 36-37, grabado.

⁶⁸ Zaragoza, *op. cit.*, p. 46-53.

También he comentado antes⁶⁹ cómo sus observaciones acerca de la geometría de las líneas del techo de una habitación, que “fingen” juntarse como una pirámide, se convierten inmediata y elocuentemente en un comentario suyo sobre la esfericidad del mundo, para inmediatamente mencionar la rotación de un trompo, el cual va perdiendo su fuerza y traza espirales sobre su eje.⁷⁰ En toda esta cadena de imágenes podemos leer alusiones a la geometría proyectiva y esférica que en ese tiempo desarrollaba Desargues, a la segunda ley del movimiento de Newton, a la teoría de Kepler y, desde luego, a la teoría copernicana. Pero son solamente alusiones presentadas, de facto, como simples juegos con las pupilas del convento. Por esto es admisible un margen de duda acerca del sentido del vocablo “voluble” en el *Primero sueño*.

En un pequeño y penetrante ensayo,⁷¹ Luis Villoro señala que Sor Juana se encuentra en una zona fronteriza de la historia en que una visión del mundo se está transformando en otra. Yo sólo añadiría que por eso mismo están pasando todos sus contemporáneos, unos abrazando ya el porvenir, otros aferrados al pasado y otros más esforzándose por conciliar las oposiciones, señaladamente los científicos de la Compañía de Jesús.

En este punto tenemos que volver a la cuestión de cuáles son los paradigmas filosóficos de Sor Juana como cristiana de su tiempo. Ni deísta ni fideísta, puesto que el deísmo, esto es, el racionalismo que el pensamiento cartesiano impulsó desde el siglo XVII y que floreció en la Ilustración, desechaba toda explicación del mundo que no fuese

⁶⁹ Rocío Olivares Zorrilla, «Juan Eusebio Nieremberg y Sor Juana Inés de la Cruz», en *Doctrina y diversión en la cultura española y novohispana*, Ignacio Arellano y Robin Rice (eds.), Madrid, Iberoamericana, 2009, pp. 149-165, pp. 160-161.

⁷⁰ Juana Inés, op. cit., vol. 4: 458-559.

⁷¹ Luis Villoro, «La figura del mundo: notas sobre *Sor Juana Inés de la Cruz* de Octavio Paz», en *Vuelta*, 85, dic, 1983, pp. 24-26, p. 26: “Piensa lo que permite su figura del mundo. Pero la manera en que se presenta su visión del mundo no es la tradicional, se sitúa en los límites de lo permitido. Paz nos descubre cómo siguió Sor Juana una interpretación hermética y neoplatónica del mundo que, proveniente del Renacimiento, anuncia la primera ruptura con el pensamiento tradicional. En ella se expresa una postura nueva ante la naturaleza, un afán por conocer sus secretos que está en el umbral de la concepción moderna del mundo... La obra de Sor Juan refleja su imagen del mundo, da testimonio de sus creencias básicas, pero no se limita a reiterarlas. En su obra, esa imagen del mundo se vuelve conciencia, al llevarla hasta sus límites”.

racional. La tentación de confundirla con el deísmo o escepticismo radical nos llevaría, necesariamente, a negar la fe cristiana de Sor Juana patente en toda su obra, puesto que para los deístas no hay Providencia ni Gracia. Aunque coincide con ellos en mencionar a Dios como “causa primera”, no debemos confundir este postulado aristotélico con la idea de un Dios que crea el mundo y permanece al margen de él y de su racionalidad, convicción básica del deísmo, como se verá en el siglo XVIII con Voltaire y los deístas ingleses. Por otra parte, considerarla fideísta, como han propuesto algunos críticos de la obra de Sor Juana,⁷² es otra exageración, pues ella jamás negó el valor de la razón e incluso traza el camino de la razón como una manifestación de la divinidad, lo cual podemos inferir claramente del experimentalismo que expresa en su *Respuesta a Sor Filotea*. Su postura parece ser en todo semejante a la de la Iglesia Cristiana ante deístas y fideístas: para ella hay Providencia, hay Revelación y hay Gracia, como podemos palpar poéticamente en sus autos sacramentales; por otra parte, su fe no es ciega ni irracional, sino que ella enfrenta a todas luces la tarea titánica de muchos de sus coetáneos, que es armonizar el cristianismo con la renovación científica. Para esto, es característico en ella volver siempre a las fuentes del pensamiento cristiano y recurrir a los Padres de la Iglesia, a San Buenaventura, a Santo Tomás o a Nicolás de Cusa.

Qué es el *Primero sueño*, sino la demostración de que el ser humano intentará siempre conocer el universo y siempre tendrá que recomenzar su aproximación racional e intelectual. ¿Acaso no armoniza esta reflexión con la serena exposición de teorías divergentes acerca del mundo por los científicos barrocos? El hombre sigue siendo central en el *Primero sueño*, como lo es en el modelo aristotélico-ptolemaico; es ajeno al poema el escepticismo moderno que se inscribe en la no centralidad humana del mundo. Se trata de un escepticismo cristiano: en el contexto de su obra y teniendo a la mira no sólo la *Respuesta*, sino sus autos sacramentales y, sobre todo, *El Divino Narciso*, Sor Juana demuestra que las vicisitudes del hombre, su visión del mundo y su inherente relatividad no hacen más que confirmar que es sólo dueño de una verdad parcial. Como el Cusano, nuestra poeta iguala todas las posiciones del ser humano para destacar

⁷² Sobre todo José Gaos, en “El sueño de un sueño”, en *Historia Mexicana*, 10, 1, jul-sep, 1960, pp. 54-71.

su contingencia, no su absoluta verdad. “Mas mientras entre escollos zozobraba / confusa la elección...” es el último apunte de la poeta sobre su sueño: un laberinto cuyo único norte y seguro es su sintonía con el pulso de la creación, algo en lo que tiene parte también la armonía universal del neoplatonismo fíciniano que ella manifiesta en muchos de sus poemas.

Estoy convencida de que discutir y discutir estos aspectos de la obra de Sor Juana es absolutamente necesario para comprenderla cada vez mejor, pues este es el punto justo en que las respuestas de sus lectores tienen que tejerse y destejerse en las diversas decodificaciones de sus obras. Además, y sobre todo, nos vemos obligados a reconocer que en este margen de interpretación de sus variados discursos, en el fondo uno solo, Sor Juana nos señala al final lúcidamente esa otredad inabarcable e irrenunciable que la empareja con los pensadores de nuestro tiempo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alatorre, Antonio, *El heliocentrismo en el mundo de habla española*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Álvarez de Lugo, Pedro, “Ilustración al Sueño de la décima musa mexicana...”, en Andrés Sánchez Robayna, *Para leer ‘Primero sueño’ de Sor Juana Inés de la Cruz*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991 (Tierra Firme): 53-172.
- Aristotelis Stagiritae Meteorologicorum libri IIII*, Francisco Vatablo interpetre, Parisiis, Tomam Richardum, 1550.
- Beda, «De temporum ratione», en *Operum*, tomus secundus, Coloniae Agrippinae, Ioannem Wilhelmum Friessem juniores, 1686: 43-103.
- Bede: *The Reckoning of Time*, Faith Wallis (trad., introd., notas y comentario), Liverpool, Liverpool University Press, 1999.
- Boccaccio, Giovanni, *Genealogía de los dioses paganos*, Ma. Consuelo Álvarez y Rosa Ma. Iglesias (eds.), Madrid, Editora Nacional, 1983.
- Bocatius, Ioannes, *De Genealogia deorum libri quindecim*, Basileae, Ioannes Hervagium, 1532.
- Camoens, Luis de, *Os Lusiadas... Comentadas por Don Manuel de Faria e Sousa*, Lisboa, Juan Sanchez, 1639.
- Censorinus, *De die natali liber*, Venetiis, Aldum, 1581.
- Cortés Albacar, Martín, *Breve compendio de la sphera y de la arte de navegar*, Sevilla, Anton Alvarez, 1551.
- Gaos, José. «El sueño de un sueño», en *Historia Mexicana*, 10, 1, jul-sep, 1960: 54-71.
- Góngora, Luis de. *Soledades de D. Luis de Góngora comentadas por D. García de Salzedo Coronel*, Madrid, Imprenta Real, 1636.
- Hildegard von Bingen, *Liber divinorum operum*, ca. 1210-1230, Internet Culturale, Cataloghi e Collezioni Digitali delle Biblioteche Italiane, Manuscritti.
- Isidoro de Sevilla, San, *Etimologías. Edición bilingüe*, José Oroz Reta y Manuel-A. Marcos Casquero (eds., trads. y notas), Manuel C. Díaz y Díaz (introd.), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.
- Joyce, James, *Finnegans Wake*, Robbert-Jan Henkes, Erik Bindervoet, Finn Fordham (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2012 (Oxford World's Classics).

- Juana Inés de la Cruz, Sor, *Obras completas*, vols. 1 y 2, Alfonso Méndez Plancarte (ed. y notas), México, FCE, 1951 y 1952.
- Juana Inés de la Cruz, Sor, *Obras completas*, vol. 1, Antonio Alatorre (ed., introd. y notas), México, FCE, 2^a. ed., 2009.
- Kircher, Athanasius, *Iter extaticum coeleste*, Herbipoli, Johannes Andreae Endteri & Wofgangi Junoris Haeredum, 1671.
- Larralde, Américo, *El eclipse del “Sueño” de Sor Juana*, Sergio Fernández (pról.), México, FCE, 2011 (Tezontle).
- Luis de Granada, Fray, «Introducción al Símbolo de la Fe», en *Obras*, vol. 1, Madrid, Ribadeneyra, 1871.
- Macrobius, «Saturnalia», en *Opera*, Lugduni Batavorum, Ioannis Maire, 1628.
- Macrobio, *Saturnales*, Juan Francisco Mesa Sanz (ed. y trad.), Madrid, Akal, 2009 (Akal Clásica).
- Marco Terencio Varrón, *De lingua latina*, vol. 6, Manuel-Antonio Marcos Casquero (ed. y trad.), Anthropos, 1990 (Textos y documentos: Clásicos del Pensamiento y las Ciencias), p. 145.
- Martinum Meyerum, Haynovia Silesium, *Homo microcosmus, hoc est, Parvus Mundus, macrocosmo, id est: Magno Mundo, in variis aeri incisis Figuris...*, Francofurti, Danielis Fieveti, 1670.
- Maurus Servius Honoratus, *Commentary on the Aeneid of Vergil*, Georgius Thilo y Hermann Hagen (eds.), 3 vols. (vols. 2 y 3), Leipzig, 1881-1902. <ULR:
http://catalog.perseus.org/?f%5Btg_facet%5D%5B%5D=Servius+4th+cent> [Consulta: 11, oct, 2014].
- Nicolás de Cusa, *Acerca de la docta ignorancia. Libro II: Lo máximo contracto o universo* (edición bilingüe), Jorga M. Machetta, Claudia D'Amico y Silva Manzo (introd., trad. y notas), Buenos Aires, Biblos, 2003-2004.
- Olivares Zorrilla, Rocío, «Juan Eusebio Nieremberg y Sor Juana Inés de la Cruz», en *Doctrina y diversión en la cultura española y novohispana*, Ignacio Arellano y Robin Rice (eds.), Madrid, Iberoamericana, 2009, pp. 149-165.
- Othón, Manuel José. *Paisaje*, Manuel Calvillo (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1944 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 50).
- Pineda, Juan de, *Los treinta y cinco diálogos familiares de la agricultura christiana*, Salamanca, Pedro de Adurça y Diego Lopez, 1589.

- Quevedo, Francisco de, *Parnaso español. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos*, vol. 5, Madrid, Antonio de Sancha, 1771.
- Quevedo, Francisco de. *Perinola*, Celsa Carmen García Valdés (ed.), Madrid, Cátedra, 1993.
- Rabanus Maurus, *De universo libri XXII*, F. Javier Gil Chica (ed.), basado en Rabanus Maurus, *Opera omnia*, Jacques-Paul Migne (ed.), Paris, 1852 (Patrologia latina, CVII-CXII). <ULR: dfists.ua.es/~gil/de-universo-rabano-mauro.pdf> [Consulta: 11, oct, 2014].
- Savage, John Joseph, «The Scholia in the Virgil of Tours, Bernensis 165», en *Harvard Studies in Classical Philology*, 36, 1925: 91-164.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de, *Libra astronómica y philosophica*, México, Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón, 1690.
- Titelmannus, Franciscus, *Philosophiae naturalis*, Ludguni, Gulielmum Rovillium, 1574.
- Titus Maccius Plautus, *Comici omnium lepidissimi, gravissimi atque elegantissimi Comediae viginti*, Basileae, Eusebium Episcopium, 1568.
- Tornamira, Francisco Vicente de, *Chronographia y repertorio de los tiempos*, Pamplona, Thomas Portalis de Savoya, 1585.
- Villoro, Luis, «La figura del mundo: notas sobre Sor Juana Inés de la Cruz de Octavio Paz», en *Vuelta*, 85, dic, 1983: 24-26.
- Zaragoza, Ioseph, *Esphera en común celeste y terráquea*, Madrid, Martín del Barrio, 1675.